

LOS BATIKS DE KIRITA

IRAIDA CANO

Estomik Samuel Kirita nació a los pies del Kilimanjaro en 1956. Durante cuatro años se educó en la Escuela de Arte Seeta de Uganda con el maestro Lwanyanga Musoke. Desde 1974 trabaja en Arusha, la ciudad más importante del norte de Tanzania, centrando su actividad en la difusión de la técnica del batik. Actualmente está a cargo del Centro de Arte Kam Art Work donde desarrolla la docencia y su trabajo artístico. Se trata del único centro estatal de enseñanza y transmisión de esta técnica tradicional muy cultivada en Tanzania, pues supone la única posibilidad de expresión al alcance de la mayor parte de los artistas plásticos del país, al utilizar como instrumentos telas de algodón y pigmentos naturales. Obtener óleos o acrílicos no es posible más que a través de amigos o artistas extranjeros, pues no se fabrican en el país y su precio sería inaccesible para quie-



Iraida Cano, Rashid Diab y Antonio Zaya en la exposición de Kirita en el CIDAF de Madrid, 1994.

nes están instalados en una economía de supervivencia. Siguiendo las formas de transmisión tradicional, los jóvenes artistas inician sus primeros pasos junto al “maestro”, que les adiestra en el uso de materiales, pigmentos, tratamiento de la tela, etc. Y sólo una vez conocida la técnica se independiza el alumno para encontrar un estilo propio.

Lo que diferencia la obra de Kirita de otros artistas del país es la delicadeza y minuciosidad de su técnica, de gran calidad en el resultado final, y la obtención de colores de extraordinaria pureza. Estamos frente al trabajo de un artista genuino al servicio de una exigencia y una sensibilidad personal al margen de su posible y deseable venta en los circuitos turísticos tanzanos. Los temas de sus lienzos reproducen el entorno más inmediato: el Kilimanjaro o Montaña de Grandeza, así llamada por los Masais, pues pensaban que estaba cubierta de oro y plata; los espléndidos y legendarios masais acompañados de su ganado, regalo de Engai, según su tradición, de quienes son los únicos y legítimos dueños; los coloristas mercados locales, auténtico testimonio de la vida cotidiana; los músicos, danzantes y las oscuras y estilizadas figuras entrelazadas inspiradas en las esculturas de los Makonde. Se trata, por tanto, de un mundo próximo, de dimensiones casi locales, de la vivencia, la manifesta-



Kirita, *Mercado*, 1992. Batik, 126 x 130 cm. Cortesía CIDAF, Madrid.

ción y estilización de la cotidianidad, ajeno por completo a influencias externas.

Me llama la atención cómo la obra de todos estos artistas refleja un espacio tan intenso y cercano, de modo que un pintor de Zanzibar, por ejemplo, reproducirá en sus temas casi exclusivamente las playas y detalles de esta pintoresca ciudad, siéndo-

le completamente ajenas las nevadas cumbres del Kilimanjaro. Esta es la primera vez que Kirita presenta una exposición individual fuera de su país; que haya sido en Madrid es algo que debemos agradecer a la colaboración desinteresada del Centro de Información y Documentación Africana (CIDAF), donde hemos podido apreciar una selección de 30 batiks del artista tanzano.